

Augusto Pérez Palacios y el Estadio de la Ciudad Universitaria /

Víctor Jiménez

Arquitecto, profesor de la Facultad
de Arquitectura, UNAM



Estadio de la CU en el partido inaugural. CESU, UNAM. *Compañía Mexicana de Aerofoto.*



Dibujo de Augusto Pérez Palacios. Archivo Augusto Pérez Palacios, Facultad de Arquitectura, UNAM. Diego Rivera.

El Estadio Olímpico de la Ciudad Universitaria es una obra cuya importancia —véase el elogio que le dedicó Frank Lloyd Wright— olvidamos a veces, aunque es sin duda una obra maestra de la arquitectura del siglo XX. Este olvido alcanza también a su autor, Augusto Pérez Palacios, quien fue durante algún tiempo profesor de nuestra Escuela Nacional (ahora Facultad de Arquitectura). Lo que nos lleva a advertir que hay arquitectos cuya imagen personal convence a muchos de la calidad de su obra, pero al pasar los años ésta puede terminar en un sitio muy modesto desde el punto de vista de su valoración crítica. Como contrapartida, existen arquitectos tan poco dotados para las relaciones públicas —y ése es el caso de Pérez Palacios—, que a pesar de ser autores de una obra sobresaliente parecieran no haber existido.

Escribí en 1994 un texto sobre el Estadio de la Ciudad Universitaria suponiendo que Augusto Pérez Palacios ya no vivía, pero cuando supe después que me equivocaba busqué la ocasión de conversar con él, lo que ocurrió finalmente en agosto de 1998. Además de completar mi información sobre su papel como proyectista del Estadio, quería ver de cerca el peculiarísimo caso de este arquitecto, digno de un estudio de Pierre Bourdieu. Porque estoy seguro de que a Wright, por ejemplo, lo hubiese dejado perfectamente frío, en 1952, la casa de Luis Barragán, que entonces cumplía su primer lustro de existencia. La posteridad es esquiva, y no me extrañaría que dentro de medio siglo, cuando las obras se vean libradas a sus propias fuerzas para mantener el vuelo, el Estadio de la Ciudad Universitaria sea valorado por encima de la casa de Luis Barragán. En la historia de larga duración, la que Fernand Braudel definió y que la crítica de arquitectura tiende a olvidar, no puede omitirse que las peculiaridades del carácter de un Borromini, menospreciado por sus contemporáneos a causa de su difícil personalidad, son apenas un dato anecdótico. Pero la obra, aunque pueda ser relegada por un tiempo, terminará imponiéndose, al margen del mayor o menor talento propagandístico de su creador.

En el par de ocasiones en que vi a Pérez Palacios me percaté de que no podría hacerle una entrevista de tipo periódico: él pasaba de un tema a otro y no respondía a las preguntas que yo le formulaba sino después de mucho insistir. Con una libreta tomaba notas de lo que me interesaba, dejándolo hablar por largos momentos de lo que él quería, sin que yo registrase nada de ello. Sabía yo desde ese momento que tendría que armar un complejo rompecabezas con mis apuntes. Además, había cosas que no le podía preguntar

de manera directa. Una estúpida leyenda quería explicar el caso de Pérez Palacios atribuyéndole un papel de menor importancia en el equipo que formó con Raúl Salinas Moro y Jorge Bravo Jiménez. Así que debía intentar que él hablase de esto de manera indirecta, sin ofenderlo con insinuaciones que debían haber nacido de la envidia (evidentemente), por una parte; pero, por otra, no quería obligarlo a responder de manera defensiva, ya que tampoco convenía a la solidez de su testimonio.

Sin descuidar que el mérito del proyecto del Estadio esté compartido al tratarse de un trabajo de equipo, llegué a la conclusión de que no debe descartarse tampoco que el temperamento ingenieril de Pérez Palacios fuese al mismo tiempo la base del éxito de su trabajo en el Estadio y el origen de su débil imagen posterior como arquitecto. En las conversaciones me pareció evidente que concedía la mayor importancia a su competencia como calculista, y que ésta estaba en la base de las decisiones más radicales del proyecto del Estadio. Tuvo, me dijo, enfrentamientos serios con Mario Pani y Enrique del Moral, a quienes no admiraba en absoluto (del primero destacaba su excesivo apego al cálculo... económico), y ponía en duda, como otros, la eficacia de su gestión de las obras de la Ciudad Universitaria. Pensaba que si ésta se pudo hacer con éxito se debía al talento y sentido práctico de Carlos Lazo. En el caso del estadio, me dijo que fue decisión de Lazo que fuese la primera obra en iniciarse, y le dio todo su apoyo. Pérez Palacios planteó desde un principio la alternativa de hacer una estructura externa portante de las gra-

Estadio Olímpico. Foto: Lourdes Grobet.





Relieve mural, Estadio Universitario. Foto: Gerardo Vázquez.



Diego Rivera ante el relieve mural. CESU, UNAM.

derías (como ocurre, por ejemplo, en el Estadio Azteca) y otra de tierra compactada (similar a la de algunas represas hidráulicas), que fue la apoyada por Carlos Lazo. El desarrollo del proyecto en esta alternativa enorgullecía a Pérez Palacios, ya que su concreción exigió de un estudio muy concienzudo, puesto que planteaba dificultades que no se presentan en las represas hidráulicas. A esto se sumaría en el desarrollo del proyecto la decisión de llevar a cabo una audacia estructural complementaria: el cantiliever de diez metros de la gradería superior, cuyo cálculo realizó el mismo Pérez Palacios. Lazo le sugirió que acudiese con un joven ingeniero, aún sin recibir, Luis Enrique Bracamontes (quien sería después Secretario de Obras Públicas), para todo lo relativo a la revisión de sus cálculos. El avance de la obra y la elaboración de los planos (más de un centenar) fueron simultáneos, ya que se trabajaba sobre hipótesis inéditas en el terreno de la arquitectura. Pérez Palacios quiso insistir en aquella conversación conmigo en que a partir de cierto momento era claro que debía acudir a la Secretaría de Recursos Hidráulicos para encontrar información relativa a las cortinas de tierra de los embalses. En este lugar aprendieron Bracamontes y él que era necesario cuidar el drenaje de esas monumentales estructuras y dosificar de manera muy cuidadosa los materiales de relleno. Otro ingeniero, Aurelio Benassini, estuvo muy cerca de la solución de ciertos

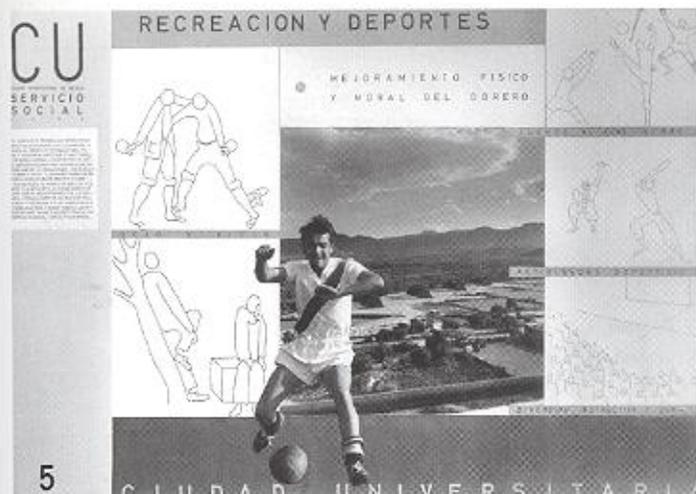
problemas. La empresa constructora, Ingenieros Civiles Asociados, tuvo un papel importante a través del joven ingeniero a cargo de la obra por la parte ejecutiva, Javier Barros Sierra, a quien recordamos sobre todo como el gran rector de la UNAM durante el difícil episodio de 1968.

Así, el Estadio tuvo más que ver con ingenieros que con arquitectos, lo que explica que tanto Salinas Moro como Bravo Jiménez, ubicados en el despacho de Pérez Palacios y encargados de la supervisión de la obra, fundamentalmente, quedasen en medida importante supeditados a la gestión que podía hacer éste como único interlocutor posible ante los ingenieros. Otro más entre éstos fue Alberto J. Flores. Al conversar con Pérez Palacios, pude advertir que él no tenía ninguna dificultad en admitir que el suyo había sido un trabajo de equipo en el que los ingenieros mencionados habían tenido una participación fundamental. De sus colegas arquitectos no tenía, en cambio, mucho qué decir.

La masividad de los rellenos de tierra planteó problemas de importancia a la solución estructural de los túneles de acceso del público, ya que el peso del relleno que soportan es muy grande, y de esta situación no existía analogía en las represas hidráulicas. Por otra parte, como el relleno se colocaba en seco y así debía permanecer, la solución de los desagües exigió una atención especial. Para Augusto Pérez Palacios la

Estadio de la CU. Archivo Augusto Pérez Palacios, Facultad de Arquitectura, UNAM.





Publicaciones de la época. Archivo Augusto Pérez Palacios, Facultad de Arquitectura, UNAM.

¡¡Y DESPERTO EL MONSTRUO DEL PEDREGAL!!

Los pueblos de América se salvaron en algunas horas de un baño de vírgenes perfumes que recorrió las más raras zonas de todos los continentes.

Por Frank Lloyd Wright

En un mundo gigantesco, hecho con los materiales, desde la tierra hasta el cielo, se levanta la forma deportiva de América.

Y hablo de un día en el que me encontraba en la ciudad de México. Me dirigía a la casa de mi amigo Diego Rivera, a la que me dirigí por una calle que me era muy conocida.

Y cuando me dirigí a la casa de Diego Rivera, me encontré con un mundo que me era muy conocido.

Y cuando me dirigí a la casa de Diego Rivera, me encontré con un mundo que me era muy conocido.

Y cuando me dirigí a la casa de Diego Rivera, me encontré con un mundo que me era muy conocido.

Y cuando me dirigí a la casa de Diego Rivera, me encontré con un mundo que me era muy conocido.



(Y despertó al Monstruo del Pedregal... ¡ En su cuerpo de gigante, latieron diez mil corazones...)

solución del pórtico principal, con reminiscencias protodóricas, se justificaba por el carácter masivo de la obra. Algo de lo que estaba muy satisfecho es de que el público jamás se encuentra, al dirigirse desde el exterior a los accesos al Estadio (o al salir de ellos) con un solo escalón: la modificación de la topografía circundante permitió que todos los movimientos de los espectadores en el exterior se hagan mediante un plano inclinado continuo.

Le comenté que me parecía digna del mayor elogio la solución de la curva superior del Estadio, con dos puntos elevados y dos bajos (que además es un círculo perfecto en planta), creando una envolvente sinuosa que rompe con la perspectiva cerrada, claustrofóbica, que agobia a la mayoría de los estadios del mundo y le proporciona al de Ciudad Universitaria, al mismo tiempo, una diversidad notable de perspectivas desde el exterior. Con modestia, me dijo que eso había resultado sólo del análisis de las necesidades arquitectónicas y estructurales: aumentar la capacidad de las graderías en los puntos de mejor visibilidad y disminuirla en aquellos con malos ángulos de visión.

Al final de la conversación le pregunté si se había dado cuenta, al desarrollar aquella obra, de la importancia que adquiriría en la historia de nuestra arquitectura. Con sencillez me dijo: "un hombre sabe cuándo está haciendo una obra

buen". Y estaba muy satisfecho, desde luego, de las buenas críticas que había recogido. Por ello es un complemento necesario de las notas anteriores la cita de las palabras dedicadas por Frank Lloyd Wright y Diego Rivera a la obra de Pérez Palacios: El arquitecto estadounidense escribió:

El Estadio de la Universidad de México es precisamente de México. Entre todas las estructuras que integran la Ciudad Universitaria varias se elevan a la dignidad de la arquitectura notable de México y sus grandiosas tradiciones. La primera entre todas ellas es el Estadio. Aquí se pueden ver las grandes tradiciones antiguas de México honrando a los tiempos modernos. Pero esta estructura no es una imitación. Es una creación en el más auténtico sentido y está llamada a ocupar su lugar entre las grandes obras de arquitectura de hoy y mañana.

Por su parte, Diego Rivera le dedicó estas palabras:

El edificio nace del terreno con la misma lógica potente que los conos volcánicos que forman el paisaje donde se encuentra; su material aparente dominante es el basalto procedente de la erupción del más próximo de esos conos volcánicos que lo rodean, y su forma total sólo es comparable a ellos; es un cráter arquitectonizado... ☉

